

Relato-ensayo

SILVIA PATÓN CORDERO

La finalidad social o ética de una persona se determina por el grupo al que pertenece, siempre indicado, al mínimo detalle, por sus condiciones. De acuerdo con las reglas de esta sociedad, el código de conducta y la etiqueta connatural forjan en el alma humana una entelequia necesariamente dependiente de lo que nos rodea. Y si mi posición me determina a andarme sin rodeos, ¿qué medio preferente y objetivo no lo haría asimismo con mis actos? He decidido por ello seguir la senda, como dijo Fray Luis, *de los pocos sabios que en el mundo han sido*: opción que tipifica aunque coarta mi política sentimental. Cada ciudadano detalla el porqué de sus actuaciones y el nivel al que anexiona su moralidad; que yo, miserable, corriente en indumentaria y en aspecto, debo rendir cuenta no al espejo sino a mi conciencia.

Independientemente del trayecto que escojamos, el destino canaliza nuestros pasos hacia un rumbo determinado, autónomo, que marca las vías del autoconocimiento y posiblemente del saber. ¿Cuántos conceptos no se han avituallado de obligaciones correspondientes a la estructura mental? El supuesto de la independencia de la mente radica en el contenido de nuestro sistema neuronal, físico, de esa ultraterrena área del cerebro que nos asigna unos pensamientos adversos o positivos.

Y me desquito diciendo que el hombre y su categoría los asignan los demás: los ciudadanos que les otorgan o desamparan a su capricho. Con arreglo al orden de nuestras ideas preconcebidas, se me figura que idealizamos a nuestros congéneres, proponiendo y desarrollando el germen de unos parangones nada corrientes, quizá inalcanzables. Estimamos más de lo que deberíamos lo insignificante y glorificamos lo banal por encima de lo proporcionado, legal, verídico, correspondiendo con prosaísmos la vulgaridad y nefasta superchería. Pero independientemente de la noción gastada de que nos encontramos en deuda con quienes elogian la celebridad sobre el mérito, me

clasifico en la humilde perspectiva de una entusiasta, mujer que lucha, exenta del baremo que proporcionemos al talante ajeno.

Por medio de divagaciones pienso que aburro al lector, pero si le aburro también él estimará quizás la pragmática que le brindo; porque detallo con mis palabras los impulsos de mi subconciencia. Me propongo conseguir un ensayo o relato adaptado al ámbito literario que conlleve cierta unidad, correspondiente a lo lógico, metafísico y transcendente. Lo abierto de mi discurso además decide sobre mi propia autodeterminación y el valorarme subjetivamente de acuerdo con lo previsto.

Adapto estas líneas a un diario, igual que anexiono la carátula a un libro desgastado que se ordena entre un sinnúmero de papeles. La función de mi obra no es otra que la de transmitir una peculiaridad abocada a un política satisfactoria. Recojo en estos vocablos lo estimable de una arena inductiva, estructural que se desglosa en unos párrafos insurrectos, con el fin de reflejar la angustia íntima que sobrelleve la carga del día a día.

En el caso de que ahora que camino hacia la plaza, atravesando la calle empedrada junto a uno de los muros de la vetusta iglesia, la organizada decisión de acogerme a los axiomas de mi tiempo ordenara mis inclinaciones, agruparé en epígrafes de sensatez interior mis reflexiones, las meditaciones que tanto me duelen como me alivian. Comprendo que la servidumbre que toleran algunos se imagina derivada de sus responsabilidades; pero en mi caso los cumplimientos se establecen de acuerdo a lo material de esta fase íntima, suministrada por más mis bienes morales que por una retribución económica que pudiese financiar mi patrimonio.

He mencionado que la disposición de mi persona no señala en nada lo perjudicial; en el ejercicio de mi profesión el impulso cognitivo establece la realización de unos anhelos. Menciono aparte los tormentos que el ánimo no separa de mi substancia, ni el incremento de lo que se figura contraído directamente como una hipocondría principal e inevitable.

Prestando atención al viandante en medio de la avenida, me formo una imagen concreta de lo que es típico de la especie. Hago un inciso y me determino

a subdividir a mi género mortal con desprecio figurado, agente de la maledicencia. Conforme a esto opera en mí una transformación intelectual, capital, desarrollada por el acuerdo de la mayoría. Y le concedo una oportunidad más a la realización de los ideales, esos que no se ejercitan sino en nuestro corazón con el fin de creer en algo, de confiar en algo.

Conservo el aire serio o apático y reparo en mis congéneres, las verdades inductivas realizan el enjundioso esfuerzo de desenvolverse politizando la independencia dada a una predisposición hacia la libertad. ¿Y qué si me separo de los criterios de mis contemporáneos y amo la reflexión, actuando como si mis iguales no mereciesen ni mi desprecio ni mi consideración? Me incluyo entre los incrédulos al hablar de progreso, porque la tecnología progresa, aunque ¿y el cariz que toma la especie humana?

Me mantengo al margen de lo común, disuadiendo mi espíritu de lo que me consterna, de ese arquetipo místico que lo subleva, ejercitándome, capítulo aparte, en mi cometido: que es el definir una situación inclinada a la estancamiento social.

Al disociar la entidad de mi inspiración doy crédito a lo que me identifica con los demás individuos: una materia que une a la demás materia, la de los otros, y que me equipara a mi destino, refiriendo el hecho de subsistir en particularidad. Cualquiera puede vivir, si bien solo unos pocos pueden considerarse exteriormente vivos. Y reseño el hecho de contraponer los males que causamos y los que nos causan; también de reparar el daño si es necesario. Pero no me identifico con lo superfluo de algunos seres que se autoindican un plazo para detenerse; me fío de la conjunción de instrumentos que sirven de anticipo de nuevas oportunidades, de esas que nos destacan por sobre los demás.

En contrapartida, el vínculo externo que fundamenta nuestra razón también nos elige cuando somos fieles a unas esperanzas que hemos asentado en nuestras ideologías. Por parte de los hombres se fusiona un organigrama de ideas firmes, sustentables en función de esas quimeras que erigimos sobre el cimiento intelectual. La cordialidad se establece en nosotros tal que agentes de lo onírico, por aquello de que anhelamos lo que pretendemos sacar al exterior.

Inventariando nuestras concepciones optamos por la imaginación, pues que consideramos la imaginación como una vía de escape a nuestro infortunio. Lo que aportamos con ello funciona como un estertor que deja huella en nuestras acciones, adquiriendo nuestros actos el viso de proporcionados. Con objeto de concedernos el valor determinado por nuestros semejantes, perceptores de nuestra realidad, fundamentamos una cognición que utiliza nuestro cerebro para determinar un coraje inasequible a quien asienta su sensatez, omiso en gasto científico, que resulta impagable con dinero pero recomendable para una sabiduría que durará eternamente y que es la de lo utópico.

Y en mitad de los viandantes esta mujer se pregunta si en la ancianidad habrá también cabida a las meditaciones, porque tanto los humanos como los seres de la imaginación rechazan todo intento de ubicar una herida sintomática, que es la de una mezcolanza entre lo verídico y el idealismo. Las formas que divagan en los enloquecidos recovecos de la nervosidad cerebral ¿qué son sino miasmas sincréticas, pobres imágenes de las irrealizables fantasías?

Poetizo a nivel de los sueños, en su conjunto menos practicables que un entorno que a menudo nos aplasta y que hiere la sensibilidad de quien levanta castillos en el aire; ya que la mezquina percepción racional forja quimeras y expande bulos para sobrevivir a sí misma. Un ejemplo de su fuerza es la deuda que nos deja y que pasivos soportamos con entereza. Esa deuda perpetua maquinada por el seso no nos ofrece una entidad a la que nosotros le procuramos nuestra confianza. Cada organismo en su recuerdo o en su subconsciente da forma a sus ilusiones o a sus fracasos. La naturaleza inviable nos usa para instrumentar sus numerosos antojos; porque nacimos para soñar y sueños somos en la raíz de nuestra esencia.

Me sujeto a unos preceptos que considero probados, expresos en su declaración, con los que fundamento mi juicio y procedo a concluir mi periplo bajo el quicio de la doctrinaria puerta, aquella que me asiste a la hora de perdonar mis faltas o de acogerme con su bienvenida a una cita cotidiana, libre de querellas o de descalificaciones.